

623
9.
PR 4562
A67
S6
V.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO REYES
CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
"ALFONSO REYES"
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Establecimiento tipográfico de la CASA EDITORIAL MAUCCI



LIBRO PRIMERO

POBREZA

CAPITULO I

Sol y sombra

Erase un día, treinta años hace, en que los rayos de un sol canicular abrasaban la ciudad de Marsella.

Un sol ardiente en el caluroso mes de agosto no era entonces raro en el sur de Francia, como no lo es ahora ni lo ha sido tampoco antes. Ni la más ligera brisa rizaba las aguas encerradas en el puerto, ni aun las del inmenso mar á cierta distancia; la línea divisoria entre las primeras y las segundas, de un hermoso azul éstas y de color negruzco aquellas, determinaba el punto que la onda pura no traspasaba jamás, punto tan inmóvil como el pestilente cenagal con que nunca se mezclaba. A los botes, abrasados por el sol, no se les podía tocar; los buques se reseocaban en su anclaje; y las piedras

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de los muelles no se habían enfriado de noche ni de día durante algunos meses. Los rusos, chinos, españoles, portugueses, franceses, ingleses, genoveses, napolitanos, venecianos, griegos y turcos, descendientes de todos los constructores de Babel, que habían ido á Marsella para traficar, buscaban igualmente la sombra, ó un refugio en algún oscuro rincón á fin de no ver un mar demasiado azul, ni un cielo de púrpura iluminado por un inmenso brillante de fuego.

El reflejo de la luz molestaba la vista; hacia la distante costa italiana, sin embargo, templaban su fuerza ligeras nubes que se elevaban lentamente por la evaporación del mar; pero en todos los demás puntos la luz era deslumbradora. A lo lejos, caminos, campos y colinas desaparecían bajo una nube de polvo, y lo mismo sucedía con las vides que bordeaban las quintas; las monótonas alamedas, á pesar de sus árboles, no presentaban el menor espacio de sombra; los caballos de los carros avanzaban con lentitud hacia el interior al compás de sus campanillas, dirigidos perezosamente por sus conductores, cuando no iban dormidos; y el labrador trabajaba agobiado en los campos. Todo cuanto vivía y respiraba parecía sufrir la presión de un calor sofocante, excepto el lagarto, que se deslizaba ligero por las paredes de piedra casi candentes; y la cigarra, cuyo monótono chirrido se repetía sin cesar. Hasta el mismo polvo, ya quemado, tenía un color pardusco; y algo se estremecía en la atmósfera, como si el aire palpitase. Las cortinas y persianas estaban cuidadosamente corridas, de modo que no penetrara por ninguna parte la luz del sol, de la cual sólo las iglesias, con sus arcos y pilares y sus antiguas estatuas, estaban libres hasta cierto punto. Dejar las sombras del templo para salir á la calle, era como precipitarse en un río de fuego, donde para salvar la vida debíase nadar en demanda de la sombra más próxima.

En la época á que nos referimos había en Marsella una sucia prisión; y en uno de sus calabozos, tan repugnante que hasta los rayos del sol parecían negarse á iluminarlo, hallábanse dos hombres, es decir, dos presos: un tosco banco de madera arrimado á la pared y fijo en ella; algunos vasos muy ordinarios, varias cajas de dominó, dos pedazos de estera, y tres ó cuatro cascos de botellas de vino constituían todo el ajuar de aquella sucia habitación, sin hablar aquí de las ratas, de las sabandijas ocultas y de los parásitos que se veían, es decir: de los dos hombres.

La escasa luz que allí había, penetraba por una reja con ba-

rrotos de hierro, asaz grande para que se pudiera vigilar siempre desde la obscura escalera á que daba; esta reja tenía un ancho reborde de piedra, cuyas extremidades se prolongaban hasta la pared, y hallábase á tres ó cuatro pies de altura del suelo. Uno de los dos hombres de que hablamos se había subido á este reborde, donde estaba recostado, apoyando la cabeza y los hombros en un lado del marco de la reja y los pies en el otro, de modo que las rodillas formaban como un arco. Los barrotes, bastante espaciados, permitían al preso pasar todo el brazo á través, y gracias á esto, su posición no dejaba de ser bastante cómoda.

Todo tenía allí el sello de la prisión: el aire encerrado, la escasa luz, la humedad concentrada, los hombres privados de libertad; y así como los cautivos estaban flacos y macilentos, así el hierro estaba enmohecido, la piedra desgastada y la madera carcomida; la atmósfera era opaca y la luz débil. En el interior de la prisión no se conocía la claridad de la luz que se reflejaba fuera, como tampoco se conoce en el pozo, ni en la obscura bóveda, ni en la tumba; y hubiera conservado su aire infecto hasta en una de las islas del Océano Indico.

El hombre que estaba sentado en el reborde de la reja parecía tener frío, pues haciendo un movimiento de impaciencia con los hombros levantó su capote para abrigarse mejor, exclamando al mismo tiempo:

—¡Vaya al diablo ese pícaro sol, que nunca quiere brillar aquí!

Aquel hombre parecía esperar ansioso su aliento, pues miraba con inquietud á través de los barrotes, procurando alcanzar con la vista el mayor espacio de la escalera, asemejándose mucho en aquel momento la expresión de su fisonomía á la de un animal salvaje que acechara la presa. Sus facciones ofrecían un tipo particular: los ojos, muy próximos uno á otro, caracterizábanse sobre todo por su mirada penetrante; brillaban como los del gato y se abrían y cerraban de continuo; la nariz, prolongábase demasiado hacia la frente; los labios, en extremo delgados, quedaban casi completamente ocultos por un espeso bigote; y el cabello, muy áspero y descuidado, tenía un color indefinible. Las manos de aquel hombre, á juzgar por la que tenía cogido el barroto de la reja, aunque cubierta de arañazos en el dorso, eran pequeñas y regordetas, y debían haber sido sumamente blancas.

El otro preso, echado en el suelo, se abrigaba con un gran levitón de color pardusco.

—¡Levántate, cerdo!—gritó el de la reja.—No duermas cuando yo tengo hambre.

—Lo mismo da, maestro—contestó el interpelado, con tono sumiso á la vez que indiferente;—puedo despertarme cuando quiera y dormir cuando me parezca bien. Todo me es igual.

Así diciendo el preso se incorporó, rascóse la cabeza, rodeó su cuello con las mangas del levitón que hasta entonces le había servido de manta, y permaneció sentado en el suelo, apoyado de espaldas en la pared y fija la vista en la reja, que estaba enfrente.

—¿Qué hora será?—murmuró el preso que primero había hablado.

—Dentro de cuarenta minutos tocará la campana de medio día—contestó el otro, paseando una mirada alrededor del calabozo como para buscar la confirmación de lo que decía.

—Eres un reloj andando—dijo el otro.—¿Cómo es que siempre sabes la hora?

—No sólo sé siempre la hora, sino que conozco el sitio donde estoy. A mí me trajeron aquí de noche, sacándome antes de una lancha; mas á pesar de esto, bien sé dónde me hallo. Mire usted—añadió señalando con el dedo varios puntos en el suelo, como hubiera podido hacerlo en un mapa.—Aquí está Tolón con su presidio; aquel punto lejano representa España; más allá tenemos Algeciras; aquí, á la izquierda, encontraríamos Niza; por esta línea se prolonga el camino de la Cornisa hasta Génova; aquí se halla situado Porto Fino, desde donde pasamos á Civita-Vecchia; y después... ¡ah! no me ha quedado sitio para Nápoles, porque ya toco en la pared; pero ¡bah! todo es igual.

Según hablaba, el preso, que se había arrodillado, iba marcando todos los puntos de que hacía mención, fija la vista alternativamente en su compañero y en el supuesto mapa.

Este preso tenía la mirada muy viva y la tez tostada por el sol; era de escasa estatura; llevaba arillos en las orejas; su dentadura sumamente blanca, parecía reanimar sus grotescas facciones, muy morenas; tenía el cabello de color negro intenso; y su camiseta roja, ya bastante gastada, no cubría del todo su pecho; su ancho pantalón se asemejaba en un todo al que usan los marineros; cubría su cabeza una especie de gorro catalán de color de grana; y por último, rodeaba su cintura una faja, de la cual sobresalía el mango de un cuchillo.

—Juzgue usted ahora—añadió el preso, encarándose con su compañero de la reja,—si vuelvo de Nápoles tal como fui. Mi-

re usted, maestro; después de Civita-Vecchia, Porto Fino, Génova, la Cornisa y Niza, tenemos aquí Marsella; en este punto que ahora marco estamos usted y yo; la habitación del carcelero, con sus llaves, se halla en el espacio que señalo con mi pulgar, y un poco más allá, tocando con mi muñeca, está encerrada convenientemente la *navaja nacional*, es decir, la guillotina.

Al oír estas últimas palabras, el preso de la reja saltó al suelo; oyóse en la escalera un rumor de pasos, á los que parecía acompañar una voz infantil, y poco después presentóse el carcelero llevando en brazos á su hija, niña de tres á cuatro años, y una cesta.

—¿Cómo va esta tarde por aquí, señores?—preguntó el guardián;—ya ven ustedes que la niña me acompaña para ver mis pájaros enjaulados. Míralos, hija mía, míralos—añadió, acariciando á la criatura.

El carcelero paseó por la habitación una mirada investigadora, fijándola particularmente en el preso del gorro encarnado, cuyo carácter activo parecía infundirle cierta desconfianza.

—Aquí le traigo á usted su ración de pan, señor Juan Bautista—le dijo (aunque le hablaba en francés, este preso era italiano);—y si á mal no lo llevase, le recomendaría no jugar...

—¿Por qué no hace usted la misma recomendación al maestro?—preguntó Juan Bautista sonriendo.

—¡Oh! porque el maestro gana siempre—contestó el carcelero, mirando de reojo al otro preso con aire de desconfianza,—al paso que usted pierde, lo cual es muy distinto, porque así usted come pan moreno y bebe de lo peor; mientras que á su compañero se le dan buen salchichón, pan blanco, queso y vino excelente.

Y mirando á su hija añadió:

—Mira los pájaros, ángel mío.

—¡Pobres pájaros!—dijo la niña.

Aquella agraciada y pequeña fisonomía, animada de una expresión compasiva, y destacándose en el fondo oscuro de la reja, parecía el rostro de un ángel.

Juan Bautista se acercó, como atraído por un encanto; mientras que el otro preso permanecía inmóvil, fijando en la cesta una mirada impaciente.

—Espere usted—dijo el carcelero, sentando á su hija en el reborde exterior de la reja;—la niña es quien dará hoy su ali-

mento á los pájaros. Este pan grande pertenece á Juan Bautista, pero hemos de cortarlo para introducirlo en la jaula... Muy bien, veo que el pájaro más pequeño se ha domesticado, pues te besa la mano, hija mía. Este salchichón en una hoja de parra es para el señor Rigaud, así como el pedazo de ternera con gelatina; y también estos tres panecillos tan blancos, y el queso, y el vino, y el tabaco; todo para el señor Rigaud. ¡Oh pájaro feliz!

La niña pasó todas estas cosas á través de la reja, entregándosele al preso de la mano pequeña, no sin evidente temor, pues más de una vez retiró el brazo presurosa mirando al señor Rigaud con una expresión de miedo y de enojo á la vez. En cambio había dejado el pan moreno con la mayor confianza en las nervudas y toscas manos de Juan Bautista, y cuando éste le besó, hizole una caricia para corresponderle. El señor Rigaud, sin cuidarse de esta deferencia, limitóse á dirigir á la niña una mirada, acompañándola de una sonrisa, y después de colocar sus viandas en orden, comenzó á comer con el mayor apetito.

Notaremos aquí, de paso, que cuando el señor Rigaud se reía, efectuábase un cambio notable en sus facciones, que adquirirían entonces una singular expresión de crueldad.

—¡Ea!—dijo el carcelero, vaciando su cesta, que sólo contenía algunas migas,—ya no queda más; he gastado todo el dinero que recibí; aquí está la nota, y no hay que hablar más de ello. Señor Rigaud, según presumí ayer, el presidente tendrá el gusto de hablar hoy con usted un rato, á la una de la tarde.

—Para juzgarme ¿eh?—repuso Rigaud, interrumpiendo su comida con el cuchillo en la mano y el bocado en la boca.

—Usted lo ha dicho; para juzgarle.

—¿Y no hay noticias para mí?—preguntó Juan Bautista, que había comenzado á comer indiferente su pan.

El carcelero se encogió de hombros.

—¡Virgen Santa!—exclamó el preso.—¿Habré de estar aquí toda mi vida?

—¡Qué sé yo!—replicó el carcelero, dando media vuelta y gesticulando como si tratara de acometer al preso.—¿Cómo quiere usted, amigo mío, que yo sepa cuánto tiempo ha de estar aquí? Nada podría decirle sobre el particular, Juan Bautista Cavalletto. ¡Voto al diablo! Aquí hay algunas veces presos que no tienen tanta prisa para que se les juzgue.

Al pronunciar estas palabras, el carcelero dirigió una mira-

da oblicua al señor Rigaud; pero éste seguía comiendo con toda tranquilidad, aunque al parecer no con tanto apetito como antes.

—¡Adiós, pájaros míos!—dijo el carcelero, tomando á la niña en brazos y dándole un beso.

—¡Adiós, pájaros míos!—repitió la niña.

Y al decir esto volvió la cabeza para mirar á los presos, mientras su padre entonaba una canción, á la cual contestó Juan Bautista terminando la estrofa comenzada, aunque con voz más bronca.

En tanto el señor Rigaud, viendo pasar por segunda vez á Juan Bautista por delante de él, empujóle con el pie, diciéndole que lo mejor que podía hacer era volverse á su rincón. El preso, sin contestar palabra, sentóse otra vez en el suelo, con la soltura y facilidad de un hombre que tiene costumbre de hacerlo á menudo, y colocando tres pedazos de pan delante de sí, comenzó á comer de la mejor gana.

Tal vez dirigió alguna mirada envidiosa al salchichón y á la ternera que su compañero saboreaba, pero estos manjares desaparecieron muy pronto, por fortuna para Juan Bautista, á quien se le hacía la boca agua. El señor Rigaud comía muy de prisa, á pesar de la perspectiva del juicio y del presidente del tribunal, y no parecía pensar en este asunto. Cuando comenzó á beber, detúvose de pronto para mirar á su compañero, con aquella sonrisa que comunicaba á su semblante una expresión de singular crueldad.

—¿Qué tal ese pan?—le preguntó.

—Está algo seco, pero aquí tengo mi salsa—contestó Juan Bautista, enseñando su cuchillo.

—¿Qué salsa?—preguntó Rigaud.

—Quiero decir—replicó el otro,—que puedo cortar mi pan como si fuera un melón, ó en forma de tortilla, ó de longaniza.

Y Juan Bautista hizo varios cortes en su pan para demostrar á su compañero lo que había dicho.

—¡Vamos!—exclamó Rigaud,—puedes beber un trago; toma eso que me sobra.

El obsequio valía bien poco, porque apenas quedaba vino, pero Juan Bautista se puso en pie de un salto, tomó la botella con expresión de agradecimiento, y acercando el cuello á su boca, apuró el líquido, lamiéndose después los labios.

—Pon esa botella con las otras—dijo Rigaud.

Juan Bautista obedeció la orden al punto é hizo ademán de

encender un fósforo, al ver que su compañero estaba liando un cigarrillo de papel.

—Toma uno—le dijo Rigaud.

—Mil gracias—contestó Cavalletto en su propio idioma, y con ese tono conciliador propio de sus paisanos.

Rigaud se levantó entonces, puso en una bolsita el tabaco que le sobraba, encendió su cigarrillo y tumbóse en el banco; mientras que Juan Bautista volvía á sentarse en el suelo para fumar con la mayor calma. La mirada de su compañero fijábase entre tanto obstinada en el punto marcado antes por el pulgar de Cavalletto, cual si tuviera para sus ojos una irresistible atracción; y con tal insistencia, y tan repetidas veces clavó la vista en aquella parte del suelo, que al fin llamó la atención de Juan Bautista.

—¡En qué agujero tan infernal estamos!—dijo Rigaud rompiendo al fin el silencio.—Compara la luz de hoy con la de la semana pasada, con la de hace seis meses y con la de hace seis años; la de ahora parece la de una tumba.

Al decir esto fijó la vista en un cañón de chimenea que tapaba una ventanilla situada en la pared de la escalera.

—Oye tú, Cavalletto—dijo Rigaud después de una pausa,—¿no me tienes por un caballero?

—Sin duda alguna.

—¿Cuánto tiempo hemos estado aquí?

—Usted contará nueve semanas y tres días á las cinco de esta tarde; y yo once semanas mañana á media noche.

—¿Me has visto ocuparme en algo desde que estoy encerrado? ¿Me has visto nunca coger una escoba, arreglar las esteras, limpiar los dominós ó hacer trabajo alguno?

—Jamás.

—¿Has pensado alguna vez en darme la menor ocupación?

Juan Bautista contestó moviendo el índice de esa manera particular que expresa la negativa más terminante entre los italianos.

—¡Ya lo creo! Y es porque comprendiste desde mi llegada que yo era un caballero.

—¡*Altro!*—repuso Juan Bautista, guiñando los ojos y moviendo la cabeza rápidamente.

Debe advertirse que esta palabra, muy usual entre los genoveses, tanto puede expresar una afirmación como una contradicción, una negativa, un cumplido, una broma ú otras cincuenta cosas, pero tal como la pronunció Juan Bautista en aquel instante, tenía una significación indecible, que sin em-

bargo se hubiera podido traducir en otro idioma por la frase «¡ya lo creo!» pronunciada irónicamente.

—¡Muy bien! Así lo has dicho; yo soy un caballero; como tal he vivido, y como tal moriré, ó por lo menos, tal es mi intención. Aquí está mi secreto; y cumpliré mi propósito donde quiera que vaya.

Así diciendo, Rigaud cambió de posición, sentándose en el reborde de la reja, y exclamó con aire triunfante:

—¡Mírame bien! El destino me condena á estar encerrado con un pobre contrabandista, cuyos papeles no se hallan corrientes, y de quien la policía se apoderó además por haber puesto su barca á disposición de ciertas gentes que también tienen los papeles sucios; y, sin embargo, este hombre reconoce instintivamente mi calidad, á pesar de la poca luz que hay en este sitio. ¡Perfectamente, rayo del cielo! Siempre sabré desempeñar mi papel donde quiera que me halle, y mío será el triunfo.

Al pronunciar estas palabras, una siniestra sonrisa entreabrió sus labios, pero inmediatamente palideciendo preguntó con un tono que parecía contradecir su aparente satisfacción:

—¿Qué hora es?

—Las doce y media—contestó Juan Bautista.

—¡Diablo! El presidente enviará á buscarme pronto. ¡Vamos! ¿te diré de qué me acusan? Si no te lo digo ahora, nunca lo sabrás, pues ya no volveré aquí. Deben dejarme libre, ó de lo contrario, será forzoso hacer mis preparativos para que me afeiten. Según me has dicho, ya sabes dónde guardan la *navaja*.

Juan Bautista retiró el cigarro de los labios, y la expresión de su fisonomía se alteró momentáneamente.

—Yo soy...—comenzó á decir Rigaud,—yo soy... un caballero cosmopolita; no tengo patria propia; mi padre era suizo, creo que del cantón de Vaud; mi madre, aunque tenía sangre francesa, había nacido en Inglaterra; y en cuanto á mí, diéronme el sér en Bélgica; ¡soy un ciudadano del mundo!

Hablando así, Rigaud había tomado una postura teatral, con una mano apoyada en la cadera, y accionando con la otra, vuelto de espaldas á su compañero, como si le despreciase. Hubiérase dicho que al proceder así su único objeto era ensayarse para hablar al presidente, ante quien debía comparecer en breve; y no satisfacer la curiosidad de una persona tan insignificante como Juan Bautista Cavalletto.

«Suponga usted que tengo treinta y cinco años—continuó

Rigaud;—he visto el mundo: he vivido acá y allá; y siempre como un caballero en todas partes; como tal se me ha tratado y respetado donde quiera que fui. Si intenta usted perjudicarme, alegando que he vivido por mi industria, yo le preguntaré ¿cómo viven aquí los abogados, cómo los políticos, cómo los intrigantes y los bolsistas?»

Rigaud hizo una pausa, y tomando de nuevo su primera posición, continuó su discurso:

«Dos años hace llegué á Marsella; confieso que era pobre, pero debo advertir que había estado enfermo. Cuando los abogados, los políticos, los intrigantes y los bolsistas de este país enferman, sin haber reunido algún dinero, también empobrecen. Yo me alojé en la *Cruz de Oro*, cuyo dueño era el señor Enrique Baronneau, de sesenta y cinco años de edad por lo menos, y cuya salud estaba muy quebrantada. A los cuatro meses de vivir yo en la casa, su dueño tuvo la desgracia de morir, desgracia que no tiene nada de particular, y que puede suceder muy á menudo, sin mi intervención.»

Como Juan Bautista había fumado ya su cigarrillo, apurándole hasta quemarse los dedos, Rigaud tuvo la generosidad de arrojarle otro, que el preso encendió en la colilla del anterior, para seguir fumando, mientras que miraba de reojo á su compañero, preocupado siempre con su defensa.

«El señor Baronneau—continuó Rigaud,—dejó una viuda que contaba veintidós años; había adquirido cierta reputación por su belleza, y, en efecto, era hermosa. Yo seguía viviendo en la *Cruz de Oro*, y me casé con la señora Baronneau. No me toca á mí decir si había ó no desproporción en semejante enlace; en este punto me abstengo de emitir mi parecer, porque la cárcel me ha contaminado; pero podría usted creer muy bien que, por lo menos, yo era para la viuda un marido más conveniente que el difunto.»

Rigaud tenía la presunción de ser buen mozo, á la vez que hombre fino y bien educado; pero no era lo uno, ni lo otro.

«Como quiera que sea—siguió diciendo Rigaud,—la señora Baronneau aceptó mi mano; y supongo que esto no puede perjudicarme. Vienen ahora las dificultades de nuestra respectiva situación. En este punto soy orgulloso, y nada necesitaría decir en mi defensa; tengo un carácter dominante, y á nadie me puedo someter; necesito mandar. Por desgracia, la propiedad de la señora Rigaud estaba á su nombre, en virtud de una censurable disposición de su difunto esposo; y lo que es peor aun, mi señora tenía parientes. Ahora bien, cuan-

do éstos se declaran en contra de un marido que es caballero, que es orgulloso y que está acostumbrado á mandar, ya no puede haber paz ni buena armonía. Aún debo hacer mención de otra causa de diferencias entre nosotros. La señora era, desgraciadamente, algo ordinaria: quise perfeccionar sus maneras, mejorando su educación; pero ayudada por sus parientes, lo mismo en esto que en otras cosas, burló mis esfuerzos. Surgieron de aquí disputas y disgustos, que se agravaron cada vez más, llegando á llamar la atención de la vecindad. Se ha dicho que he tratado á la señora Rigaud cruelmente; tal vez me hayan visto darle un bofetón; pero nada más. Tengo la mano ligera, y si aparentemente he corregido á mi esposa de este modo, más bien lo hice como una broma.»

Si las bromas del señor Rigaud debían indicarse por una sonrisa como la que erró en sus labios al llegar á este punto, seguro es que los parientes de su señora hubieran preferido que corrigiera seriamente á la pobre mujer.

«Yo soy impresionable y valeroso, y no alego esto como un mérito, porque estas son cualidades propias de mi carácter. Si los parientes de la señora Rigaud se hubiesen declarado contra mí abiertamente, ya me habría arreglado con ellos en particular; no lo ignoraban ellos; por eso sus maquinaciones fueron siempre secretas, y de aquí resultaron, como era de esperar, frecuentes y deplorables choques entre mi señora y yo. Aunque sólo necesitara la más pequeña suma para mis gastos personales, ya no me era posible obtenerla sin escándalo, porque yo también tengo el carácter dominante; ya lo he dicho. Una noche estaba paseando con mi señora en la mejor armonía, tanto que, á decir verdad, parecíamos dos amantes; avanzábamos por una altura que domina el mar, y al llegar á cierto paraje, la fatalidad quiso que mi mujer provocara la conversación sobre sus parientes; entonces yo le hice algunas observaciones, demostrándole que al someterse á la influencia de los suyos en su animosidad contra mí, faltaba á sus deberes de esposa y á la fe jurada. Mi mujer me contestó con acritud; yo hice lo mismo y nos encolerizamos; yo la provoqué... convengo en ello, pues la franqueza es propia de mi carácter; al fin, mi esposa, dejándose llevar de un acceso de furor, que siempre deploraré, arrojóse sobre mí profiriendo gritos de rabia (sin duda los mismos que se oyeron á cierta distancia,) rasgó mi ropa, arrancóme el cabello, me laceró las manos, y por último precipitóse en el abismo, yendo á caer de cabeza contra las rocas. Tal es la serie de

incidentes que la maledicencia ha desfigurado para inducir á creer que yo trataba de obligar á mi esposa á renunciar á sus derechos; para propalar que su persistencia en no hacerme una concesión dió origen á una lucha con mi mujer, y que yo la asesiné.»

Rigaud, que había terminado con esto su discurso, dió algunos pasos para acercarse al reborde de la reja, cogió dos ó tres de las hojas de parra allí diseminadas y comenzó á limpiarse en ellas las manos, de espaldas á la luz.

Después, volviéndose hacia su compañero, reanudó la conversación:

—Y bien—le dijo,—¿no tienes nada que oponer á esto?

—Feo negocio—contestó Juan Bautista, que se había levantado y limpiaba la hoja de su cuchillo en la suela del zapato.

—¿Qué quieres decir?

Juan Bautista siguió limpiando su hoja sin contestar palabra.

—¿Piensas tal vez que no he descrito el caso correctamente?

—¡*Altro!*—repuso el preso.

Esta vez la palabra significaba: «¡Oh, de ningún modo!»

—¿Pues qué dices?

—Nada; que los tribunales y sus presidentes suelen tener preocupaciones...

—¡Bien!—interrumpió Rigaud, echándose sobre el hombro el embozo de su capote y profiriendo una blasfemia;—pues que hagan lo que quieran, aunque sea lo peor.

—Seguramente que así lo harán—murmuró Juan Bautista, inclinándose un poco para envainar su cuchillo.

Nada más se dijo por una y otra parte, pero los dos presos comenzaron á pasear de un lado á otro en sentido inverso, y necesariamente se cruzaban á cada vuelta; Rigaud se detenía á veces, cual si quisiera dar alguna nueva explicación, ó hacer observaciones; pero Juan Bautista continuaba tranquilamente su paseo, apresurándole á intervalos de la manera más grotesca, y siempre con la vista fija en el suelo.

Al poco tiempo, el ruido de una llave que giraba en la cerradura detuvo á la vez á los dos hombres; oyéronse voces y rumor de pasos, rechinaron los goznes de una puerta, y un momento después vióse al carcelero subir pausadamente la escalera, seguido de un piquete de soldados.

—Vamos, señor Rigaud—dijo, deteniéndose un instante junto á la reja con sus llaves en la mano,—ahora saldrá usted.

—Ya veo que debo ir con escolta.

—Más vale así—repuso el carcelero,—pues de lo contrario podría suceder que hicieran de usted tantos pedazos que no fuera posible volver á reunirlos. La multitud es numerosa, señor Rigaud, y al parecer no le quiere bien.

Así diciendo, el carcelero desapareció un momento, y pudo advertirse que introducía una llave en una cerradura y levantaba las barras de una puertecilla baja situada en un ángulo de la habitación.

—¡Ea!—dijo, abriendo de pronto, y presentándose en el umbral,—salga usted.

Bajo la capa del cielo no hay palidez, en ninguno de sus matices, que se hubiera podido comparar con la de Rigaud en aquel momento; ni expresión alguna en la fisonomía humana que mejor revelase, hasta en sus más ligeras líneas, la angustia de un corazón estremecido de espanto.

El preso encendió otro cigarrillo, se caló el sombrero, embozóse otra vez y salió por la puertecilla á un corredor, sin hacer caso de Juan Bautista, quien á su vez parecía preocupado solamente con la idea de acercarse á la puertecilla y ver lo que había fuera, como un animal encerrado que se aproxima á la puerta de su jaula para contemplar el espacio libre. Juan Bautista estuvo vigilando algunos instantes, hasta que la puerta se cerró.

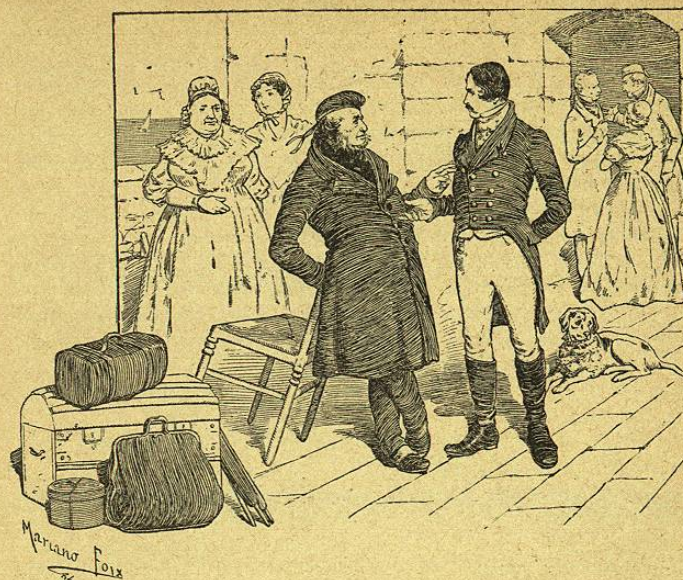
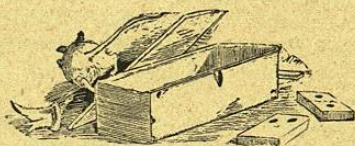
El oficial del piquete, hombre de elevada estatura y aspecto marcial, esperaba al preso, sable en mano y fumando un cigarrillo: apenas llegó Rigaud, dispuso que lo colocaran en medio de los soldados, púsose á la cabeza con aire indiferente, dió la orden de «¡marchen!» y el piquete comenzó á bajar la escalera. La puerta se cerró de nuevo ruidosamente; un fugitivo rayo de luz y una ráfaga de aire parecieron refrescar un instante la habitación del preso, y después todo quedó silencioso.

Solo ya en su prisión, Juan Bautista permaneció inmóvil un momento, pero de pronto saltó al reborde de la reja, cual si quisiera ver á su compañero hasta lo último. En el momento de cogerse á los barrotes con ambas manos llegó á sus oídos un clamoreo espantoso, entre el cual percibíanse claramente roncós gritos, silbidos, blasfemias y amenazas que atronaban el espacio.

Juan Bautista se hubiera podido comparar entonces más que nunca con una fiera encerrada en su jaula, pues al poco tiempo de estar en el reborde de la reja saltó ligeramente al suelo, comenzó á recorrer la habitación en todos sentidos, volvió

al sitio que antes ocupaba, bajóse de nuevo, y apenas dejó de moverse un instante hasta que los ruidos de fuera se extinguieron con la distancia.

Completamente dueño de ocupar el sitio que se le antojara en el recinto limitado por aquellas cuatro paredes, Juan Bautista fué á tenderse en el banco. Por su resignación en el encierro, por su buen humor, por su conformidad con un mísero alimento y la viveza de su carácter, no podía negarse que era un verdadero hijo del país en que había nacido.



CAPITULO II

Compañeros de viaje

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Núm. 1625 MONTERREY, MEXICO

- ¿Hoy no habrá tantos gritos como ayer, eh?
—No he oído ninguno.
—Entonces, bien puede usted asegurar que no tendremos escándalo, pues cuando esa gente grita hasta los sordos la oyen.
—Supongo que en todas partes sucede lo mismo.
—¡Ah! sí, pero debe advertirse que esa gente grita por costumbre, y que no parece estar satisfecha cuando no lo hace.
—¿Se refiere usted al pueblo de Marsella?
—Me refiero al pueblo de Francia; en cuanto á Marsella, hartos sabemos lo que es; de aquí partió el himno más revolucionario que se ha conocido en el mundo; este pueblo no podría existir sin cantar ó gritar, lo mismo en la victoria que en la hora de la muerte, en el incendio ó en cualquiera cosa.

El que así hablaba, con cierto aire de amor propio satisfecho, introdujóse las manos en los bolsillos, haciendo sonar el dinero que contenían; y como si dirigiese la palabra á toda una ciudad, añadió: